

20 / 03 / 95 (Bogotá, COLOMBIA)

EL NUEVO SIGLO

A beneficio de la Fundación Neumológica Colombiana, la Fundación Arte de la Música realizó su primer concierto del año la noche del pasado miércoles en la Iglesia de Santa Bárbara, marco colonial de la Plaza de Usaquén.

La Fundación tomó la decisión de presentar al joven clavecinista norteamericano, de origen ucraniano, Jory Vinikour. Se trata sin duda de una de las figuras más promisorias de la nueva generación de intérpretes del instrumento. Discípulo de Hugette Dreyfus y Kenneth Gilbert, Vinikour ha obtenido reconocimiento en competencias internacionales de la categoría del *Concours de Clavecin de Paris*, *Concurso de Varsovia* y *Festival de Primavera de Praga*.

Primer punto a favor, la selección del recinto de la iglesia de Usaquén, por su impecable acústica, además por la belleza formal del lugar con su magnífico retablo colonial. Para esta, su primera presentación en Colombia, Vinikour seleccionó obras de Bach y Handel en la primera parte, Scarlatti y Rameau para la segunda. Tocó un formidable instrumento, copia de 1993 de Willard Martin de un original de Blanchot, de sonido magnífico.

Abrió con la *Suite en re menor* de Handel, supo recorrer con imaginación el espíritu libre del *Preludio* y quizá consiguió el punto más alto de su interpretación en el quinto fragmento, *Aria con variaciones*, en donde hay que destacar la forma segura y vigorosa como recorrió la compleja y difícil variación conclusiva. También supo ligar un suceso con el *Presto* que tocó con sólida técnica y musicalidad.

Continuó, con el *Concierto italiano* BWV 971 de Bach. Si bien es cierto los movimientos extremos tuvieron la elegancia y el manejo impecable, en el *Andante* central, aunque técnicamente no hubo ningún problema, no consiguió la misma categoría, el *canto* no estuvo tan fluido y por instantes alcanzó incluso a rondar en los límites de la inexpresividad.

Para la segunda parte hubo dos *Sonatas en do mayor*, K420 y 421, de Domenico Scarlatti, las recorrió con notabilísima efusividad y alegría, quizá

un tanto apresuradas en materia de velocidad, aunque consiguió en muchos momentos el espíritu español tan característico de don Domingo.

Cerro con la *Suite en la menor* de Rameau. Probablemente el punto más alto de la noche como concepto integral de una obra. Vinikour tuvo noblaza en la *Allemande* inicial, limpieza en la *Courante*, profundidad en la *Sarabande*, manejó con inteligencia el frasco de la *Fanfarinette*, y fue muy imaginativo en su versión de la *Gavotte* final, las variaciones finales fueron sencillamente impecables.

Ya en Los Bises habría que decir que tuvieron tanto de ancho como de largo. Por un lado, en el primer, la *Overture* de *Pigmalion* de Rameau, hizo gala de brillantez y también de buen humor, muy en el gusto francés, con pasaje de velocidad de la mayor ley. En el segundo, la *Sonata en si menor* del Padre Soler, la efusividad de la técnica y los fuegos de artificio del virtuosismo - los pasajes de manos cruzadas fueron impecables- alejaron la obra de su carácter original, hubo mucho en el exterior, y no tanto en el interior de la música, y a la final la interpretación parecía irremediablemente superficial y extrañamente distante del auténtico Soler.

Vinikour es un clavecinista de la mejor estirpe. Quizá la juventud y la suficiencia de los medios le llevan en algunos momentos a sacrificar interioridades de la música en aras del virtuosismo -que tanto le gusta a una buena fracción del público- algo que seguramente logrará con el paso de los años: - el ideal del justo equilibrio entre forma y contenido.

Emilio Sanmiguel Arango